





LA COCINA DEL INFIERNO

# La Cocina del Infierno

(Relatos de un mundo inhóspito)

**FERNANDO MOROTE**

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

Autor: Fernando Morote

Diseño de cubierta: Augusto Rebagliati

Foto de autor: Belén Morote

Maquetación: MdE Piqueras

Editor: MRV Editorial Independiente

Fernando Morote

## PREFACIO

“La Cocina del Infierno” toma su nombre de un antiguo barrio asentado en el centro de la ciudad de Nueva York, a inicios del siglo pasado bastión de inmigrantes pobres que pronto se convirtieron en delincuentes.

Este libro no se refiere a ellos. Es más bien una parábola compuesta por tres relatos largos, aparentemente inconexos. Cada texto responde a una forma, un tono y un ritmo diferentes.

“Los Ingobernables”, escrito en primera persona del plural y estructurado en capítulos breves, intentando desenvolver una dinámica rabiosa y ágil, describe la vida de un grupo de jóvenes limeños -“haraganes por vocación”-, residentes de Pompeya, una urbanización de clase media, quienes a causa del desaliento y la desesperanza provocadas en la sociedad peruana por la ineptitud de los gobernantes, deciden huir de la realidad.

## LA COCINA DEL INFIERNO

“La Cocina del Infierno”, escrito en segunda persona, es una historia de emigración o auto-exilio, claustrofóbica, oscura y dolorosa, en la que el sueño americano revienta ante los ojos del lector. Está construida a base de frases directas y punzantes para transmitir la sensación de una ametralladora descargándose contra su objetivo. El método empleado en su escritura es un homenaje a la técnica del goteo utilizada por Jackson Pollock en sus pinturas abstractas.

“Comando Meón”, escrito en tercera persona y dividido en 3 secciones, es un relato protagonizado por cuatro de aquellos ingobernables para quienes han transcurrido un par de décadas; dos de ellos han estado viviendo en Estados Unidos y han retornado a su país, el tercero, después de brujulear durante algunos años, lo hizo mucho tiempo antes y el cuarto nunca salió de allí. Se reúnen otra vez en Pompeya y, en un estado de lucidez peculiar, deciden embarcarse en un proyecto que les permita enmendar errores pasados y corregir los ajenos a su manera.

LA COCINA DEL INFIERNO

# Los Ingovernables

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

A Dante Paúl Toro Nolasco,  
líder de los ingobernables

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

## Los Ingovernables

“Creo que la vida no tiene sentido a menos que se viva con la voluntad de llevar al limite los deseos”.

Paul Gauguin

Fernando Morote

LA COCINA DEL INFIERNO

Fernando Morote

**1**

No éramos una banda de delincuentes. Ni siquiera éramos una pandilla de malandrines. Éramos simplemente nosotros; los ingobernables...

## 2

Cuando nos cruzamos por primera vez, en los estrechos pasajes de Pompeya, supimos que pertenecíamos a la misma estirpe. Haraganes por vocación, nos unía el lazo común de la indiferencia. Ayudar con las tareas de la casa o cumplir los deberes del colegio no figuraba entre nuestras prioridades. Nos interesaban otro tipo de detalles. ¿Soltera o divorciada? ¿Casa propia?. A quién podía importarle.

A lo mejor algo no funcionaba bien en nosotros.

Grandes conversadores, no éramos. Guapos, que digamos, tampoco. Corpulentos o fortachones, ni en broma. Y carro, no teníamos. Adolecíamos por completo de disciplina. No respondíamos a la imagen de jóvenes dinámicos, graduados con honores, entrando temprano a engrosar las filas de la fuerza productiva. Muchos nos señalaban como vulgares y malogrados.

**3**

Nuestras casas formaban parte de un conjunto habitacional construido bajo el concepto de viviendas unifamiliares de interés social. Agrupadas en manzanas, se identificaban con una letra del alfabeto. Podían tener una o dos plantas, patio y jardín, o sólo uno de ellos, dependiendo del modelo. Cada unidad llevaba un número. Las calles estaban bautizadas con nombres de flores y pueblos norteños. Llegar a una urbanización como Pompeya, ubicada en el corazón de la capital, representaba un símbolo de progreso para nuestros padres. La mayoría proveníamos de viejos distritos, algunos de lejanas provincias.

**4**

Alguien había intentado sembrar rosas primero, luego geranios. Nada crecía allí. Todo posible ornamento de jardinería rechazaba nuestra presencia o sucumbía ante ella. Era un trozo seco de acera coronado por una banca de cemento. Aunque para los vecinos fuera sólo un nido de pastómanos, para nosotros era la Esquina de las Estrellas.

De día constituía nuestro rutinario punto de encuentro, el escenario natural de espontáneos desfiles de modas e improvisados concursos de belleza. Cada vez que asomaba una buena hembra transformábamos la vereda en una pasarela. Le cedíamos el paso como caballeros y nos convertíamos en miembros del jurado. Nos absteníamos de lanzar piropos; los considerábamos un signo de manipulación barata. En su reemplazo, formulábamos serenas declaraciones salpicadas de comentarios circunspectos. Luego aplaudíamos asignando un puntaje valorado a las cualidades apreciadas. De ser el caso, avivábamos con júbilo. En ocasiones abríamos el debate para resolver eventuales diferencias. Algunas candidatas, muertas de vergüenza, apuraban la marcha, varias de ellas rozaban el límite del bochorno, otras decididamente huían, y unas cuantas entraban al juego, bajaban la velocidad para mostrar lo que tenían, y coqueteaban sin falsos escrúpulos.

## LA COCINA DEL INFIERNO

Por la noche el espectáculo devenía en algo similar a una función de cine erótico. Mientras Belaúnde insistía en llamar abigeos a los asesinos de personas inocentes en remotos caseríos de Ayacucho, nosotros buscábamos en secreto a nuestra modelo. La espiábamos desnudarse frente a la ventana, esperando la llegada de su gigantesco marido.

—¡Roperó! —le gritábamos al infeliz.

Sólo así, parapetados en los tupidos granados de nuestra guarida, nos vengábamos del escarnio por dejarnos arrechos.

5

Ingresamos al edificio como si fuéramos a robar un banco. Un atractivo tufo de clandestinidad reinaba en la entrada. El cartel luminoso dibujaba un crispado felino azul libando de una copa amarilla. Recorrimos el largo pasillo hasta llegar a la barra iluminada por un fluorescente redondo. El Narizón caminaba con resolución. Su lacia cabellera, rodeándole el cuello, le llegaba hasta los hombros.

De inmediato nos abordaron dos chicas en sostén y minifalda. No era posible descubrir en la penumbra de qué material estaban confeccionadas. Pedimos cuatro submarinos y ocupamos una de las mesas más distantes. Con esas melosas tonadas zumbando en nuestros oídos, no podíamos dejar de extrañar la agresiva armonía de Led Zeppelin. Prescindimos de cualquier atisbo de conversación. No teníamos tiempo ni dinero para desperdiciar en preámbulos innecesarios. Estábamos ansiosos por iniciar la sesión de tocamientos no indebidos. Trepamos las estrechas gradas de metal oxidado. Una cantidad de mesas y sillas amontonadas conformaban una especie de mezanine desierta. Un débil halo de luz nos marcó la ruta a seguir.

Nos asomamos a la baranda. Sobre la pista de baile, una solitaria pareja de borrachos daba tumbos tratando de mantener el compás de un bolero. Pocos minutos pasaron antes de que pudiéramos reconocer el vibrante percutir de un

hueso azotando una madera. Divisamos el segmento de una canilla.

—¿Narizón?

Afinamos los sentidos. A sus señas particulares, el Narizón sumaba un notorio lunar en forma de piedra preciosa que cubría la piel de su bálano, pero eran sus botas vaqueras de caña alta, punta de acero y taco aperillado las que definían su inequívoca estampa. Siguiendo la curva de la pierna, distinguimos la hebilla de la correa y, mezclada con ella, una porción del calzoncillo. Más arriba, un muslo lampiño. Nos aproximamos para certificar el hecho. Una franja blanca cruzaba las nalgas, contrastando el resto del cuerpo bronceado por el sol. Los escuálidos cachetes parecían estar sufriendo un demoledor ataque epiléptico.

Las luces del local se encendieron, dejando en evidencia un chiquero de ínfima calaña.

—¡Nadie se mueva! —ordenó una voz.

Nos arrimamos de nuevo al muro del altillo. Un grupo compacto de policías armados había tomado el lugar por asalto. Nos cogieron a todos con los pantalones abajo.

6

No podíamos quedar como cobardes. Sabíamos con certeza que esos compadres acogotaban, pescueceaban y atracaban sin compasión. Pelo'e Momia, cuatro tímidos cabellos alfombraban su prematura calvicie, era el líder del grupo. Cagaleche actuaba como su mano derecha, aunque tiempo atrás, debido a una infección desatendida, seguida de una mala práctica médica, le habían amputado el brazo del mismo lado. El Negro Harina, redondo y carcoso, debía su inadaptación a un trauma infantil causado por la bestialidad de sus padres. El Salvaje descollaba, en cambio, por su insuperable resistencia al consumo ininterrumpido de estupefacientes. El Vikingo, fornido rubio de corte nórdico, era temido por sus reacciones volcánicas y el único de ellos que ostentaba una apariencia civilizada. Émulos fieles del "Loco Perochena", "Django" y "Los Retacos", habían tomado posesión del campo de juego y se entretenían haciendo tiros al arco, lanzando centros al área, ensayando jugadas combinadas.

Después de una breve conferencia para distribuir nuestras posiciones, saltamos a la cancha con forzada hidalguía. Nadie diría que lucíamos ágiles, confiados o colmados de entusiasmo. A decir verdad, podíamos pasar mejor como un florido puñado de mascotas patulecas y enclenques, un lote de cachorros desamparados, escoltados por gansos y pavos. Cualquiera nos hubiera confundido con un circo de parodia

futbolera. Una óptica más favorable nos habría comparado a una camarilla de pacientes convaleciendo de una especie de parálisis comunitaria. Si hubieran aplicado nombres para nuestros equipos, ellos habrían sido “Los apretadores” y nosotros “Los pobres diablos”.

—Ustedes sacan —ordenó Pelo’e Momia, con su habitual arrogancia, y aventó la Tango de 32 paños a nuestras raídas zapatillas.

Desde el primer toque, ninguno quería recibirla. Por el contrario, nos alejábamos de ella.

—¿Van a jugar o no? —preguntó, impaciente, Cagaleche.

Entonces el Doctor sorprendió con un pase largo de carácter magistral. Desprendiéndose de su marca, al otro extremo de la cancha, Camote aulló:

—¡Mía!

Arqueó la espalda con encomiable afán por matar el balón de pechito, pero dadas sus evidentes descoordinaciones psico-motoras, al mismo tiempo alzó ambos brazos y estiró una pierna a la altura de la cintura. Resultado: innovador paso de prima ballerina. Consecuencia: saque de meta para la escuadra rival.

Ahora eran ellos los que tenían la iniciativa. El Salvaje desplegó una meticulosa triangulación saliendo de su área. El principal problema radicaba en que manejaban la pelota con excesiva destreza. La veíamos circular inaccesible, escurriéndose por nuestras huachas. Demasiado rápidos para nosotros. El Champero sufría tratando de reconocer la diferencia entre un pase, un rechazo o un rebote; se atacaba de nervios y despejaba a cualquier parte, como si un cartucho estuviera dinamitando

sus ampollas.

Tras recoger un servicio a rastrón, Cagaleche envió un tiro bombeado al vacío. Vimos al Negro Harina impulsarse con energía para romper nuestro arco de un furibundo cabezazo. Felizmente, por un mínimo error de cálculo en su salto, pasó de largo con los pelos parados.

Nuestro segundo intento de reacción fue una calamidad. Si hubiéramos vivido en tiempos de los romanos, habríamos terminado siendo arrojados a los leones. Fallamos de modo miserable cada remate. Aunque algunos resultaron potentes y veloces, todos sin excepción encajaron en ventanas, árboles y postes aledaños.

Debido a su inoperancia en la delantera, desterramos al Conde abajo de los tres palos. En un contragolpe fulminante del enemigo, se dio maña para barajar el peligro él solo. Sus bermudas con rayas amarillas y blancas constituían una efectiva distracción visual. Pero el hecho determinante que influyó en el desenlace de la jugada fue que, al enfilar hacia nuestra portería, el Vikingo lo encontró echado sobre el punto de penal con los brazos bajo la nuca y las piernas cruzadas, contemplando las nubes, como si estuviera tomando sol en la playa. Fue tal el desconcierto del atacante que terminó pateando hacia su propio arco.

El ejemplo del Conde nos demostró que un espíritu libre es capaz de obtener los resultados que desea superando la pobreza de lo convencional.

Sin embargo, Pelo'e Momia y su equipo sabían bien cómo amedrentar a un adversario. Una alevosa zancadilla del Salvaje hizo rodar a Barreta en el preciso instante que éste se aprestaba a inflar las redes contrarias de un soberbio taponazo. En reconocimiento a su ímpetu, lo designamos por aclamación como ejecutor de la pena máxima.

El Negro Harina fue convocado por Pelo'e Momia para evitar nuestro adelanto en el marcador. El improvisado golero se agazapó y extendió sus brazos para cubrir la línea de sentencia.

Barreta caminó despacio hacia la pelota. La acomodó con paciencia y la pisó con autoridad. Respiró hondo. Se enfrentaba al eterno dilema: dónde ponerla.

Se puede escribir un tratado de varios tomos sobre las infinitas posibilidades y los riesgos implícitos en una decisión de esta naturaleza. Al final, todo se reduce a un tema de intuición. Finiquitado el protocolo, retrocedió unos metros para ganar potencia. Incluyó su masa muscular hacia adelante y apuntó directo al ángulo superior derecho. Su puntazo despegó con destino opuesto al elegido.

—¡Gooollllll! —rabiaron al unísono Camote y el Doctor.

El Champero era consciente de que celebrábamos un día histórico en nuestras vidas. Por lo tanto se consagró a convencernos de que merecía un puesto en el cuadro titular. Corrió como perro de presa el resto del partido. Se tiró en carretilla, palomita y chalaquita. No dio una bola por perdida. Hizo de zaguero central y puntero mentiroso. Pudo meter más de un gol y salvó varios. Se comportó como un verdadero ídolo. La ausencia de espectadores y de árbitro no fue obstáculo para

impedir su descollante actuación. Sólo en las postrimerías del encuentro nos asustó un poco, cuando lo vimos partir raudo hacia alguna parte, como si estuviera huyendo de un calabozo.

Fue tanta su determinación, que los rivales se apartaron del camino para dejarlo pasar. En su obsesión por seguir el curso del esférico viajando en el cielo, olvidó que la cancha tenía un límite reglamentario. Al girar y bajar la cabeza, se topó de nariz con el travesaño. El violento impacto lo frenó en seco. Se desplomó como un cadáver, su albo atuendo teñido de sangre. El arco entero permaneció temblando a sus pies. Una heroica demostración de que la gloria exige, sin duda, un alto precio que pagar.